

## PRIMERA EDICIÓN, SEGUNDA LECTURA

*Idea de la ceniza* de María Virginia Jauja, Periférica, 2015.  
*Inventario de invertebrados* de Sergio C. Fanjul, La Bella Varsovia, 2015.

Azahara Alonso

{50}



Sergio C. Fanjul  
Inventario de invertebrados  
VIII Premio de Poesía Joven  
"Pablo García Baena"



Es difícil olvidar una frase tan sólida como “La ficción está agotada”. Si quien la formuló aún viviese, añadiría –estoy segura– que lo mismo puede aplicarse a los géneros. Por eso libros como *Idea de la ceniza* (Periférica, 2015) son una apuesta no solo ineludible sino de lectura obligatoria en este momento literario. Es hoy cuando jugar con los géneros y violentarlos parece el vehículo apropiado para el terreno de la búsqueda de una verdad –o de un tema, que en literatura es lo mismo–.

Una vez nos ha imbuido de su particular forma de narrar, María Virginia Jaua (Madrid, 1971) lo formula así hacia el final de la novela: “Hay algo que me molesta en ese afán *narrativo* de la ficción y en ese empecinamiento de hacer *novela* a la manera de la *novela*, de hacer héroes, de hacer *relato*, quizás para nuestra época sea cada vez más difícil sostener ese tipo de *creación*. Tanta construcción, tanto personaje, de pronto me parece muy falso, de pronto siento la distancia y me deja un poco indiferente”.

*Idea de la ceniza* es una reflexión sobre el duelo por la muerte del amante: un texto que debe mucho a la manera del ensayo filosófico, plagado como está de referencias a Deleuze o Derrida. También aparecen estrellas fugaces (la muerte de un astro es uno de los temas) como Benjamin, Barthes, Canetti, Dante y Bolaño. Sin embargo, y como veíamos, para Jaua se trata no de un ensayo sino de una novela, una narración no ficcional que toma de esos otros géneros sus métodos para indagar en la esencia de la pérdida y el duelo, más que en la muerte que los propicia o significa.

Este libro es, entonces, un baile armónico entre conceptos y el desarrollo de una relación sentimental sin cuerpo si no fuera este la escritura misma de los personajes, diestros en ella, como acto de amor y reconocimiento. Además de la reflexión, encontramos toda una correspondencia virtual, un intercambio constante de *emails* entre enamorados que quieren hacerse mutuamente partícipes de su vida y compartir los detalles cotidianos más allá de los kilómetros que los separan. El lector, apelado en dos ocasiones por la autora, asiste a una historia de amor que es nueva y antiquísima, a veces melindrosa y tópica, como todo descubrimiento fascinado del otro. Asiste,

y completa, porque las elipsis generan al principio una confusión que tarda en disiparse, y solo a medida que se lee adquiere sentido lo leído. Los dos personajes, incluso, llegan a confundirse en sus voces entremezcladas, reflejo quizá de lo que a ellos mismos ocurría en ese proceso de seducción y entrega.

Jaua ha escrito no solo la historia de un duelo sino la de una comunicación total, el mayor entendimiento que se puede dar entre dos seres humanos, sin importar el medio. En el tiempo que eso dura, los amantes generan un mundo con entidad propia, habitado por elementos que al final parecen indispensables: la mariposa, el mar del pensamiento, la historia líquida, la hospitalidad, el anhelo de duración y permanencia, los epitafios, el deseo, el fuego, el ardor y la ceniza, la telepatía, los abrazos, las pompas de jabón y el estremecimiento. Sobre todo esto arde la hoguera. A solo esto se reduce la ceniza.

{51}

En la reprimenda a los niños que desmontan sus juguetes late un miedo adulto a que nunca más funcionen. Cuanto menos se piensan, cuanto menos se conocen, parece que mejor marchan las cosas. Por fortuna, no ocurre esto con los libros. Al menos, no con los buenos. En el poco tiempo que lleva publicado *Inventario de invertebrados* (La Bella Varsovia, 2015), tres lecturas me han acercado a su núcleo: la primera fue curiosa y casual, de sobremesa; la segunda, analítica, bisturí de grafito en mano; la tercera, esta que comparto.

El *Inventario* es entonces el tercer libro de poemas de Sergio C. Fanjul (Oviedo, 1980), más conocido como Txe Peligro en las redes: poeta, periodista

y astrofísico. Aunque no sé en qué orden lo diría él, es, en todo caso, lo que se entiende como un perfil heterogéneo, y esa variedad respira en la poética que profesa y en cada uno de sus libros. Resultado de ello es, entre otras cosas, una terminología científica ante la que no cabe asustarse si uno no es un entendido en la materia, ya que cierto desenfado –sumado a la ya habitual ironía de Peligro– la convierte pronto en palabra poética. Una palabra creadora, tal como leemos en los poemas *Las cosas raras* y *Pronunciaba fuego* («Pronunciaba *fuego* y me quemaba la boca»).

Quizá debiera disculparme, a estas alturas, por una referencia tan trillada, pero *Inventario de invertebrados* me resulta como una caja de Pandora a la inversa: en sus treinta y nueve poemas recoge algunos de los males disgregados en el mundo y los aplasta entre sus hojas, los clasifica en su inventario. Miedos escurridizos como pequeños animales que se escapan bajo la ranura de las puertas: la fragilidad del cuerpo, el *laberinto blando del cerebro*, la enfermedad, un miedo a la muerte que se recrea en su fabulación... Y el ritmo se acelera a medida que avanzamos porque los temas, que aparecían como planetas aislados, entran en una danza armónica y vertiginosa, la del paso de los días y los años. Así lo vemos en *El vacío de los calendarios* o *El contorsionista del tiempo*, donde Fanjul aborda con desenvoltura temas clásicos como lo efímero y lo permanente. Pero

también hay motivos para la alegría: las terrazas, los amigos, la presencia de la mujer en distintos afectos o el entusiasmo infantil proyectado en una promesa: «Hijo, las cosas buenas de la vida serán las que / tú quieras que lo sean. Solo tienes que cogerlas / con las manos / y morderlas».

Lírico y político, Sergio C. Fanjul nos muestra una espiral de absurdo en cuyo centro estamos nosotros, patas arriba con esa mezcla de miedo y regodeo. Es esa su particular manera de desmontar el juguete en este libro esdrújulo, en búsqueda de una identidad diluida en el pensamiento posmoderno (esta palabra, mal que bien, tenía que aparecer, ¿no?). Por eso hay pájaros dentro de estatuas, conceptos dentro de conceptos: porque «los humanos importan más por dentro».

Con todo, puede que lo mejor de *Inventario de invertebrados* sea, para mí –quizá también para quienes le han concedido el VIII Premio de Poesía Joven “Pablo García Baena”–, la capacidad de su autor para sostener el vuelo de los poemas con ese aire de naturalidad y franqueza, como si los hubiera escrito casi sin querer, en el tiempo que le sobra al niño-*freelancer* «entre la hiperventilación y el desenfreno».